

Los temas de género y raza en Cuba: Tabúes para el gran público

Miriam Herrera Calvo
Licenciada en Enfermería y activista social,
coordinadora del Proyecto de Estudios
de la Mujer

La discriminación de género se torna cada día más férrea dentro de la mayor de las Antillas, y en tal situación la mujer, sobre todo la de raza negra, resulta muy afectada. Se trata de dos asuntos graves: la discriminación por el sexo y la discriminación racial. De tal suerte, la mujer negra queda excluida de los espacios que le corresponden por identidad propia.

A principios de la toma del poder por el gobierno actual, se emitieron leyes y disposiciones que colocaban a los cubanos en una misma posición social y educacional, aunque no ocurrió de igual forma en el terreno económico. Al igual que las sociedades de negros, fueron eliminadas las condiciones que relegaban a las mujeres negras al ámbito de las labores domésticas pagadas y la prostitución. Primero, los diversos espacios educacionales abrieron sus posibilidades a las que residían en los campos y, junto a ellas, a las de las ciudades, sin que intervinieran criterios raciales. Así, las afro descendientes cubanas asumieron decididamente las actividades y corrientes que la “nueva” sociedad ponía a

disposición de aquellas féminas desprovistas de beneficios y víctimas de viejas concepciones racistas.

Los resultados sociales no se hicieron esperar en el orden psicológico. Para unos, se trataba de limosnas concedidas, y que de alguna manera merecían. Otros veían el asunto esperanzados, juzgándolo como un paso para lograr progresivamente niveles de igualdad. Pero en ausencia de debate público, los resultados fueron contraproducentes y paradójicos.

En algún momento del pasado reciente las autoridades se vieron obligadas a buscar lo que podríamos llamar una integración por decreto, mediante la cual se buscaba integrar a mujeres, negros y jóvenes a las estructuras directivas del país. La realidad brotaba en los datos: la mujer negra es la menos integrada a la sociedad en cualquiera de sus niveles fundamentales. No sólo la sordera institucional ha impedido una auténtica integración, también los diferentes puntos de partida de una sociedad que conecta racismo y machismo con mucha fuerza.



Las mujeres negras no disfrutan de las mismas posibilidades que las blancas para ser aceptadas como responsables o trabajadoras de organismos o empresas donde existan ventajas económicas o tengan que atender al público. Y ni pensar en esto último si el público es de otras latitudes. Sin embargo, la combinación de lo exótico y lo erótico ha venido a revalorizar a la mujer negra en su condición de mercancía: hoy vale unos cuantos euros.

El espacio relevante de la mujer negra está en el deporte, sobre todo en aquellos deportes que potencian la resistencia y la capacidad física: ello reproduce un racismo lúdico, que afecta también la integración en la gran sociedad.

Los espacios comunicativos y audiovisuales tienen una alta vocación para el escándalo racista: no hay casi papeles protagónicos para la mujer negra y, cuando ésta ocupa dichos espacios, lo hace como marginada, prostituta y patito feo; aquí, contrariamente al ideal afro norteamericano, *black is not beautiful*. Las bellezas faciales de la mujer negra sólo son vistas en sus moldes caucásicos.

Un recorrido general es de este modo un recorrido por la marginación y la discriminación de la mujer negra. Las manifestaciones bailables consideradas cultas, como el ballet, purifican la raza desde la niñez: las niñas negras no son admitidas en escuelas de

este tipo; sólo son admitidas aquellas que no delatan los rasgos negroides de sus orígenes.

La marginación se expresa también en la geografía de las ciudades. Los barrios más pobres son los barrios de los negros del país, donde la insalubridad y la desesperanza compiten con la estrechez habitacional de las familias negras de Cuba.

Dicho todo esto, ¿aún hay lugar para la esperanza?

Noto que sí. Las negras cubanas están dando señales sólidas de su necesidad de rescatar el lugar que deben ocupar al lado de las mujeres blancas y de los hombres, intentando no señalarse, discriminatoriamente, por el color de su piel. La tarea es inmensa, porque tiene un escalón más: que la mujer negra sea vista como las blancas y alcance, junto a ellas, la igualdad con los hombres. Esto obliga a reclamos imaginativos e inteligentes: reclamos inteligentes preñados de esperanza y trabajo sostenido.

Pero las mujeres negras tienen al mismo tiempo que sentir orgullo por el color de su piel, porque sin autoestima no hay autoemancipación, que es la tarea pendiente de los hombres y mujeres negros en Cuba. La auto-valoración y revalorización de su pasado, su cultura y su legado, es el único camino auténtico para el desafío que la mujer negra tiene por delante. La religiosidad puede ayudar mucho, porque en las religiones de nuestros antepasados la mujer puede encontrar un valor y una capacidad que no otorgaban las religiones monoteístas: un papel más allá de la procreación.

Lograr todo esto depende de nosotras mismas. Las campañas gubernamentales tienden al paternalismo y la burocratización de una labor horizontal y cultural en la que el trabajo creativo y comunitario es esencial. Esa es mi apuesta, partiendo de la ruptura pública de un tabú.